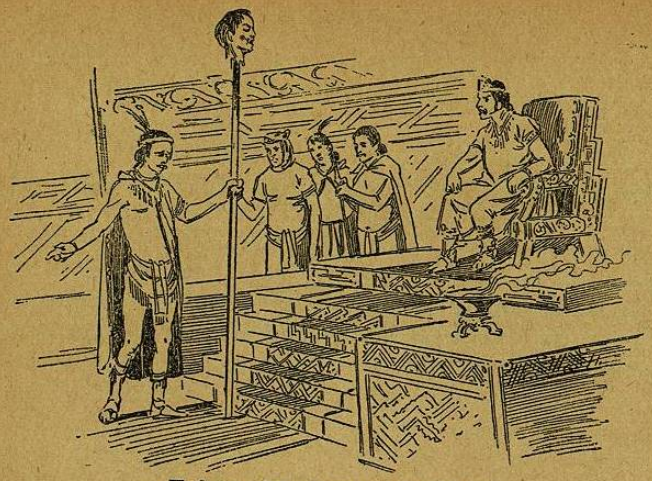

...Y el rey miró... la cabeza de su hijo!

La flor de la victoria

(LEYENDA MIXTECA)

"¿Qué decís vosotros que parece que traéis vuelto el seso, quién es ese Moctezuma que decís, por cuyos mensajeros venís á mi Corte? ¿Por ventura Moctezuma Ilhuicamina no es muerto muchos años ha, al cual han sucedido muchos reyes? ¿Quién es este Moctezuma que nombráis? Mas si es que hay alguno ahora y es rey de México, id á decirle que le tengo por enemigo: que no quiero darle mis flores, y que advierta que *la montaña que humea* tengo por mis linderos y términos."

Torquemada, Mon. Ind. Lib. 2, Cap. 6.

I

Por fin, cesaron las reales fiestas en los palacio de Moctezuma Xocoyotzin; ya las tropas de bailarinas extranjeras no arrebatan á las muchedumbres de guerreros mexi-

ca en las alegres danzas, ni los poderosos cazadores son aclamados por las favoritas del rey cuando les llevan en largas caravanas de esclavos, anchas cestas rebosando las piezas cogidas, por fuerza ó maña, vivas ó cadáveres, en los ignotos y ricos dominios de Anáhuac; en el gran templo de Huitzilopochtli ya no corre á torrentes la sangre, ya las sagradas piedras del Teocalli no humean, ni el pueblo en tumultuosas oleadas rugientes, estallando tempestades de alaridos, aclama el liturgico y cruel aparato de la hecatombe horrible... ¡Los buenos y devotos aztecas están hartos de corazones!... Ya la pompa imperial de la coronación de Moctezuma Xocoyotzin, después de la muerte del bravo y suntuoso Ahuitzotl se desvanece lentamente, pues por regia y grande que sea la majestad del señalado por los dioses para regir el imperio, cuyo trono irradia como un sol en la ciudad magna de Tenochtitlan, cuatrocientos días de festejos y sacrificios son demasiado placer para el ejército que lamenta tan prolongado descanso...

Moctezuma, cumplidas con celo ejemplar sus prácticas religiosas, como jefe de todo un inmenso ejército y el primero de los adoradores de los dioses nacionales, después de sentir hondas nostalgias y raras tristezas, abrumamientos extraños, sobresaltos imprevistos que turban sus placeres y amargan sus orgías, delirios negros y pesadilas rojas que rayan de dolor y sangre el sueño de sus noches, nervioso, irritado, soberbio y terrible, buscó los más inimaginables goces, anhelando calmar con néctares nuevos, la sed morbosa de sus imperiales fauces...

Lleváronle en caracoles nacarinos, incrustados de ópalos, perlas y esmeralas, en armazones de oro,—copas que valían un imperio y que costaron sangre y lágrimas,—el jugo de flores exquisitas bien fermentado... y mujeres de Xalixco y súbditas de los señores tarascos, cuando el rey bebía le acariciaban las mejillas, el cuello y el vientre con plumas larguísimas de seda azul de misteriosos pájaros...

II

¡Todo era en vano! El imperial monarca se fastidiaba, estaba triste; cruel enfermedad ensombrecía la luz de goces exquisitos, que su dios propició le enviaba para adormecerle y mostrar á los cien pueblos de su enorme soberanía, la predilección con que los vencedores hijos de poderosos príncipes, son mirados por los dioses inmortales que así premían el valor, la fuerza, la audacia y el triunfo!

¡El, que tanto amaba á sus mujeres; él, que en las noches de apacible luna gustaba de pasear en los jardines del palacio de las favoritas, arrebatábase en sombría cólera cuando oía el nombre,—¡el nombre tan solo!—de alguna belleza que le pronunciaban para alegrar su fastidio!

De sus amigos y parientes nobles, caciques y reyes, se olvidó también, y cien valerosos guerreros temblaron ante la mirada fulminante del irritado monarca.

Su hermano, el Sumo Pontífice del Templo Mayor, del teocalli de Huitzilopochtli, alzababa al cielo los brazos convulsos, aullando formidables alaridos sagrados para conjurar el tedio imperial del gran Moctezuma, clamando al dios de la guerra para que se conjurara la desgracia del imperio azteca!

III

—Señor, gran señor, soberano rey, inmenso rey de cien reyes, hijo favorito y amado del gran dios de la guerra, magno padre de todas las grandezas del mundo, tú te has dignado admirar la fijeza de mis pupilas, la robustez de mis brazos, la agilidad de mis piernas y el ánimo inquebrantable de mi valor. Soy uno de los más poderosos generales del ejército ¡y me has comisionado para que lleve tus huestes al Sur, á las montañas de los orgullosos mixtecas y zapotecas, los únicos que no te rinden el culto divino que mereces...!

¡Ah! gran señor, tú no sabes cuál es el secreto del poder de esa gente...

¡Es que ellos poseen el árbol perfumado y encantador de la victoria; el árbol donde florecen las estrellas inmortales de la pasión, y dá rosas cuyos cálices están llenos con el vino de los triunfos!

¿Sabes, ¡oh, rey de cien reyes! por qué los magníficos ejércitos de tu poderoso antecesor Ahuitzotl, el relampago de la guerra, sabes por qué se estrelló contra las fortalezas de Guiengola, en esa tierra de los paraisos, besada por los dos inmensos mares?... ¡Pues por la flor de la victoria!...

Hubo un gran silencio...

IV

—¡Miserable guerrero, traidor que odias á tu rey, sacrílego que blasfemas contra los dioses de tus padres, sabiendo donde está ese maravilloso árbol, que produce esas rosas de las que los guerreros que volvieron de la larga y ruda campaña de Tehuantepec contra el gran Cosijoeza, con quien place á los dioses que comparta todas las regiones de estas tierras, me han hablado siempre con soberano entusiasmo; tú, que sabes donde lucen y perfuman las flores del amor y de la guerra, eres un infame porque hasta hoy no me hablas del prodigio y no te atreves á decirme á dónde irán mis embajadores á traerlo!

Así dijo con tremenda explosión de cólera el monarca Moctezuma ante el bravo general Tlilxochil, quien pretendía llevar consuelo á la ensombrecida majestad del emperador, refiriéndole los portentos del mágico árbol que floreciera en las montañas de la fortaleza de Guiengola, donde tres ejércitos mexicanos se estrellaron contra las legiones de xapotecas, mijes, mixtecas, huahoes, chontales, chochos, y de las obscuras tribus guerreras del Sur de Tehuantepec, mandadas por el rey Cosijoeza.

—Señor,—contestó el guerrero mexicano;—en vuestros

jardines, la delicada florescencia del árbol de la victoria florecerá, porque sois grande y justo y bueno.

—¡Vengan los más ilustres ancianos del pueblo; venga también mi hijo muy amado, que hoy mismo partirán á las lejanas sierras mixtecas á traerme LA FLOR DE LA VICTORIA!

V

Soñada por las púdicas vírgenes, vista en sueños por los niños hijos de los grandes príncipes de las montañas, cantada por los bardos que alegraban, en las duras jornadas, las fatigas de las tropas con sus himnos musicales y épicos; amada por los guerreros que, al aspirar su perfume extraño y arrebatadamente embriagador, momentos antes de la lid, sentíanse vigorizados, palpitantes de soberana energía, iluminados por luz de gloria suprema, regado por cristalinos arroyuelos cuyos diamantes líquidos eran la luz con que se regaban los jardines del viejo rey de Achiutla, la divina flor, multiplicada prodigiosamente en albas constelaciones irradiantes de belleza y perfume, expléndida, gallarda y purísima, gloria de las vírgenes princesas... era el prodigio de las maravillas!

VI

Porque el anciano rey de Achiutla, que había sido uno de los más valientes guerreros mixtecas de las pasadas campañas, ahora era un buen padre amoroso, que entre entre sus tesoros contaba las flores del árbol de la victoria, hijos de los paraísos de Tehuantepec, en premio del valor y el patriotismo mixteca y las tres doncellas, tiernas niñas, dulces y vivaces avecillas, hijas del amor del buen monarca.

El dios de la guerra, cual trofeo digno de la pujanza del campeón, le otorgó la gloria de poseer en sus jardines la flor Izquixochitl, y la diosa de las virtudes de la familia, la alegría de que albergaran en su hogar las ternuras primaverales de sus tres hijos...

VII

Tres viejos hipócritas,—inválidos sacerdotes, aduladores de Moctezuma, perpètuamente ébrios con el licor de «Xochitl,»—escoltados por el audaz capitán Tlitxochitl al frente de una legión de feroces «caballeros águilas» llegan al palacio del anciano cacique mixteca, quien antes de enterarse de la misión de los embajadores del gran Moctezuma, les prepara alojamientos suntuosos, ordena que se les bañe y perfume, y tras de regocijos marciales y mútuas salutaciones, les recibe en el gran salón de su justicia.

—Cacique, señor de estas montañas, bárbaro reyezuelo, el gran Moctezuma, emperador de todos los reyes, el favorito de los dioses, el omnipotente azteca, te pide el árbol de las flores blancas, pues le place mucho tenerlo en sus jardines, porque así lo hubo de ordenar su antecesor el gran Ahuizotl... ¡Dánoslo y dí cuánto exiges por él!...

Imposible sería pintar la noble cólera del rey de Achiutla al escuchar la altanera demanda del embajador; pero, refrenando su ira, arrojó su indignación contra el nuevo monarca, clamando que no entregaría el árbol de las blancas flores, y que tan solo por aquella audacia de pedírselo, reconocía como su enemigo al tal Moctezuma.

—¡Pulverizado será tu imperio, reyezuelo insensato!... Nos llevaremos la flor, tus hijas serán esclavas... y tus súbditos serán sacrificados en el gran Teocalli...

VIII

Jamás venganza de tirano alguno, fué más cruel que la de Moctezuma ante la negativa del señor de Achiutla. Lo más florido de la juventud azteca engrosó el ejército de la usurpación que debía arrancar del expléndido jardín el árbol maravilloso, y del palacio á las hijas del viejo cacique.

¡Ni un solo mixteca quedó vivo en las cercanías de Tlaxiaco, y su señor Mallinalli, amante de una de las princesas de Achiutla, fue hecho prisionero.

El noble anciano maldijo á Moctezuma y murió, aconsejando á sus hijas ser siempre dignas de su nombre...

Ellas fueron á acogerse al amparo de Cosijoeza, en Teozapotlán, donde su buena esposa, la reina Coyolicatlzin, prometió vengar la memoria del anciano mixteca, aun contra el hijo de Moctezuma, que era su primo.

La reina llama á un gigante chontal esclavo... le habla en voz baja... y cuando hubo partido el fiel bárbaro, sonríe, diciendo á las jóvenes:

—Moctezuma no tendrá la flor de la victoria... ¡Llorará sangre!

IX

En el palacio del emperador azteca hay inmensa algazara: es que llegan los primeros tesoros que envía á su padre el emperador, su hijo, el jefe de los ejércitos contra los mixtecas.

El mismo valeroso Titlxochitl conduce, envuelto en largas mantas de algodón, el árbol maravilloso, arrancado de los jardines de Achiutla... Nadie, ni el mismo orgulloso

conductor del tesoro, osó descubrir la sagrada reliquia, á la que una guardia de doncellas perfuma, pues notan que exhala repugnante fetidez; pero los sabios sacerdotes que acompañan el árbol de las blancas flores, aseguran que es por la irritación de los dioses, que anhelan que pronto sea transplantado á los jardines de Moctezuma.

X

Se apresta el augusto emperador en el salón sagrado, á recibir, sin acompañamiento alguno, el codiciado tesoro... El capitán, lentamente, solitario también, se dirige al monarca. Un esclavo arranca las mantas finísimas... De pronto, el rey, miró sin comprender, mas luego...

¡Qué grito aulló Moctezuma!

¡En la punta de la lanza vió, no el árbol, sino la sangrienta y negra cabeza de su hijo!...

Soy la guardián-genio del valle...

El mónstruo verde

I

El rey Nooztjoo, amigo de los emperadores de la Gran Tenoctitlán, de cuyo imperio inmenso es tributario y á quien ha donado espléndidamente sus mejores tropas para la conquista de las misteriosas regiones de Occidente... encuéntrase triste.

¡Ay! del bárbaro pueblo sobre el que Nooztjoo deja caer el cacli sagrado de piel de leopardo tocado á la boca monstruosa del dios de la Guerra... ¡ay! de ese pobre pueblo que levantara sus ciudades al pie de los montes cercanos al mar infinito por donde el sol se recuesta sobre esteras rojas como en un lecho de relámpagos flamígeros culebreando por el oleaje púrpura de la sangre,—¡ay! de ese desven-

turado pueblo que pactó alianza con el triunfal imperio mexica.

Las tristezas de Nooztjoo son como las lúgubres tristezas del cielo, y sus cóleras son como las tronantes rabias de los huracanes occidentales que levantan montañas negras coronadas de espumas blanquísimas y que con formidable empuje van á escupir la muerte contra las playas... ¡Es cruel Nooztjoo, el sombrío caudillo de las hordas del Norte, apacentadas al fin en las vertientes de las sierras que miran ponerse el sol!

II

¿Por qué está triste el bárbaro monarca?... Su hija Tres Mariposas está enferma.

En vano fué que sabios conocedores de venenos de yerbas y serpientes, venidos del reino azteca y de los señoríos lejanos del Sur y del Orisnte llegaran á intentar conseguir el alivio de la bellísima doncella. ¡Nadie logró avivar su sangre, ni dió á sus melancólicas pupilas negras el brillo juvenil que parecía haberse extinguido para siempre...

Cual los furiosos leopardoe de las sierras, que rugen hambrientos en las noches tenebrosas, haciendo estremecer en torno la vida animal, como el súbito tronar de las tormentas hacia el rey, rugía comprendiendo que su hija iba á ser llevada á los mundos del reino de los genios negros!

III

¿Amaba el monarca á su hija? No. Amaba al orgullo insaciable de su ambición tremenda, despótica.

Su hija estaba prometida como esposa, al hijo del emperador de México, ella debía arrebatarle los secretos de sus dominios, destilar sobre él y los suyos, el veneno em-

briagador y dulce, mortal y voluptuosísimo, del jugo de una planta por él descubierta...

¡Oh, aquel jugo era un licor divino!

¡Ay de los que escanciaban aquel brevaje!... Sentíanse transportados á paraísos de felicidad, en tanto que sus cuerpos dormirían el sueño de un reposo mortal y trágico.

Tres Mariposas en la corte de los emperadores mexicanos, debía derramar aquel vino delicioso y fúnebre, en una gran orgía... y ¡ay entonces de los valientes capitanes, de los formidables adalides mexica!...

Aniquilados por el licor embriagante, convertidos en infelices séres afeminados, entregarían el Imperio en manos del padre de la reina, del rey de las hordas llegadas de Occidente, del hábil Nooztjoo.

IV

—¡Mi hija doy al que la arrebate de la muerte! había dicho el monarca desesperado al ver que la doncella moría.

—Señor, déjame ir á los valles profundos, misteriosos y terribles de mi patria. En ellos se arrastra la serpiente de la vida. Su jugo salvará á tu hija. No quiero su amor, es demasiado para un esclavo; me darás mi libertad. Consulta á tus sacerdotes... Te dirán que sólo en Oriente, por donde surge Nuestro Padre el Sol, sólo allí puede existir la fuente de la vida.

Así dijo el esclavo mixteca,—antes un recio adalid caído en traidora red en duro combate con las hordas de Nooztjoo, cuando éste era aliado de los mexicanos en las invasiones de las Altas Mixtecas.

Tres Mariposas amaba al guerrero. Este adoraba su libertad; la gloria de las montañas, el tibio ambiente luminoso del Sur lejano. Mas era noble y leal y cumpliría su palabra; traería, atravesando sierras, valles, lagos y ríos, el jugo de la serpiente de la vida.

—¡Vé!—le dijo el rey.

El esclavo partió. Tres Mariposas,—que sólo estaba enferma de amor, deí imposible amor por el esclavo, vencido campeón enemigo,—quedó esperando el regreso de su amado para ser feliz con él... ¿Qué le importaban las grandezas mexicanas pagadas con la muerte y el envilecimiento que en copas magníficas debía derramar en la corte?

V

Armado gallardamente, arco de recio temple, largas saetas, macana de agudos filos, bordón de camino, casco de fiera cabeza, y en el pecho al uso de los guerreros mexicanos y tarascos, espesa cota de algodón forrada con pieles salvajes, lánzase el esclavo de la improvisada corte del rey occidental en busca de la *Serpiente de la vida*. Marcha, marcha animoso y soberbio por entre valles extensísimos, caldeados por un sol bárbaro por entre selvas umbrías, espesísimas, pobladas por animales rugientes y traidores, teniendo que combatir con ellas día y noche, y atreviéndose á penetrar á saltos como un tigre al fondo de las abruptas gargantas de las sierras, por sobre cuyos agrios peñascales á pico, pasaban audazmente, muy alto, bajo las brumas tempestuosas, las águilas, tendida el ala negra, solemnes y augustas...

VI

—¿Què buscas en esta caverna, guerrero?

—El valle donde está la serpiente que da el jugo de la vida... Ha mucho tiempo que perdí el camino... ¡Y era el comino de mi patria! ¡Ver mi patria lejana y querida!... ¡Busco mi libertad! pero la he de comprar con la salud de la hija del rey Nooztjoo... ¡Soy mixteca y he de cumplir!

...¿Sabes tú, joven vagabundo, por dónde hallaré las montañas de mi patria?

—Mira,—contestó el triste joven del triste aspecto, casi

desnudo, á quien así había interrogado el errante campeón.—Lo que falta á Tres Mariposas es el amor... Vuelve y te amará... A su rey,—pérfido hermano de Maxtla,—llévale el jugo de las *serpientes verdes*, llévaselo en una gran ánfora, á todo correr de ágiles esclavos... Y después de gustarlo, ya no se acordará de sus perfidias... ¡Y tú serás el rey, entonces.

—¿Quién eres tú?... ¿Dónde está el valle de que me hablas?

—Soy un rey vagabundo, vagabuno y odiado como los flacos coyotes de los montes... Busca el valle de los manojos de serpientes; tendrás sed, destrózalos; retírate, torna luego y beberás el jugo de la vida y de la muerte! Refrescado ya, no gustes más de él... Lleva el resto al tirano...

Y desapareció el misterioso vagabundo...

VII

—¿El valle de los manojos de serpientes verdes? ¿Qué misterioso lúgubre valle será ese? Mas... iremos!—Y al decir esto, siguió su carrera el joven guerrero.

Al día siguiente, jadeante, bañado en sudor, se encontró en inmensa llanura, salpicada de manchas obscuras, que eran como grupos de largas, convas y gallardas macanas verdes, que airosamente erguíanse en torno de una torrecilla central... ¿Será aquel el valle de las serpientes?

La sed le extrangulaba... y se internó por el bosque de los grupos de gallardas macanas verdes... y para probar si eran rudas armas, él esgrimió la suya con brío, derribando aquellos manojos... Pronto el llano cubrióse de verdes hojas puntiagudas... ¡Qué batalla!

Siguiendo en su carrera días después, no viendo el fin de la llanura, tornó por el mismo sendero, más sediento que nunca...

Mas hé aquí que encuentra en un gran grupo de las verdes macanas, en el fondo del centro una fuente que

exhalaba frescura... Arrojando sus armas se inclina; apartando las verdes hojas, bebe ansioso y al levantar la faz mira la más bella mujer que en su vida contemplara.

—Soy la *guardián-genio* del *Valle de las Serpientes*. ¡Lleva al rey el licor de que has bebido!... Y dale tu amor á Tres Mariposas.

VIII

Nootzjoo bebe el jugo del valle de los mónstruos verdes. Ordena, ébrio, que sus ejércitos vayan á traerlo en ánforas para regar sus orgías, olvidándose de sus ambiciones y traidoras intrigas, envileciéndose y haciendo caer su reino en poder de los mexicanos, en tanto que su hija vuelve á la vida, no con el jugo de la fatal serpiente, sino por la generosidad leal del mixteca, quien la lleva á sus montañas, donde un apoteósis la transforma en reina, reina poderosa, ¡por qué nunca gustó del jugo de los mónstruos verdes!